

COLECCIÓN NOEMA



Sangre, sudor

JOHN LUKACS

TRADUCCIÓN DE RAMÓN GARCÍA

y lágrimas

*Churchill y el discurso
que ganó una guerra*

TURNER

Título original: *Blood, Toil, Sweat and Tears. The Dire Warning.*

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de la obra ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin la autorización escrita de la editorial.

Copyright © 2008, John Lukacs. All rights reserved.

Derechos reservados en lengua castellana:

D.R. © Turner Publicaciones, S.L.

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

ISBN: 978-84-7506-861-9

Diseño de la colección: Enric Satué

Ilustración de cubierta: Winston Churchill, © Bettmann/CORBIS

Déposito legal:

Printed in Spain

ÍNDICE

Capítulo I	13
Capítulo II.....	37
Capítulo III	61
Capítulo IV	75
Capítulo V	95
Capítulo VI	113
Agradecimientos	135

Para Michael

Hic parvum opus dedican

Tras el jinete cabalga la negra Inquietud

Post equitem sedet atra cura

Horacio, *Odas*, 3. 1. 41

*No tengo nada que ofrecer,
salvo sangre, sudor y lágrimas.*

Ciertas frases son recordadas, invocadas con frecuencia, por muy diversos motivos. El significado que cobran con el tiempo, la veneración que se les tributa, son el único testimonio de su valor. Así ocurre con toda obra de arte, trátese de una pintura o una partitura, al margen de cómo fuera recibida en el momento de su aparición. Un mal poema no perdurará, uno bueno sí. Pero consideremos por un momento otra cuestión: ¿qué significado tenía en el momento de su publicación? ¿Ha cambiado desde entonces?

En 1940, varios de los discursos de Churchill alteraron el curso de la historia de Inglaterra, de Europa y del mundo. Pero no fue ése el caso de “Sangre, sudor y lágrimas”, al menos no el 13 de mayo de 1940, fecha en la que pronunció esas palabras.

Entonces, ¿por qué dirigir nuestra atención hacia ellas? ¿Por el sonido impresionante que cobran en retrospectiva? Sí, pero también por algo más. Proyectan un repentino halo subyacente –subyacente, no “superpuesto”– al sonoro timbre de la retórica de Churchill. Iluminan. Son el reflejo de algo inmanente y aún presente en su coraje. Churchill

exultaba de coraje en mayo de 1940; a algunos, especialmente en el Reino Unido, les impresionó; otros hubieran admitido ese coraje pero lo hubieran calificado en otros términos: coraje, puede ser, pero el coraje de alguien intoxicado por sus propias ambiciones, inconstante, voluble, alguien que proclamaba imprudentemente lo que los italianos hubieran denominado su *braggadocio*, o, para utilizar un concepto muy inglés, su “orgullo antes de la caída”. Llegado el momento, muchos de los hombres y mujeres decepcionados con Churchill descubrirían que estaban equivocados. Pero todavía no, no en esa fecha.

Lo que no sabían –y lo que muchos, incluidos ciertos historiadores, todavía no saben ni siquiera hoy, casi setenta años después– es que bajo el coraje de Churchill latía la comprensión de una catástrofe inminente, aún inimaginable para muchos: la de que era tarde, probablemente demasiado tarde, la de que Adolf Hitler estaba venciendo, iba a vencer, o estaba a un paso de vencer en la Segunda Guerra Mundial, su guerra.

*

Mayo de 1940: una fecha que pocos recuerdos despierta en la mayoría de los norteamericanos. Pero para los ciudadanos de aquellos países de Europa occidental que fueron invadidos y penetrados por los ejércitos de Hitler durante ese mes, la fecha atrae evocaciones densamente oscuras, y en ocasiones borradas a costa de un gran esfuerzo. En el caso

de los británicos, la memoria de ese mayo de 1940 es menos compleja. Las noticias que llegaban del otro lado del Canal no eran buenas. Pero Churchill se había convertido en su Primer Ministro, la determinación de Churchill les fortalecía, formaban ahora una piña en torno a él, Churchill y su pueblo confiaban en que Inglaterra resistiría y alcanzaría el triunfo final. Durante la guerra y tras ella, eso era lo que Churchill quería que tuviesen claro tanto ellos como todos los pueblos de habla inglesa: y en esos términos y acerca de ese periodo escribió sobre mayo de 1940 en su inimitable historia de la Segunda Guerra Mundial. Muy cierto, pero no *totalmente* cierto en mayo de 1940: ciertamente no el día 13 de ese mes. Y Churchill también *lo* sabía.

Sabía que Adolf Hitler estaba ganando la guerra. *Su* guerra, que no era otra sino la Segunda Guerra Mundial. Al cabo de casi un siglo desde el estallido de la Primera Guerra Mundial, historiadores y no sólo historiadores siguen devanándose los sesos y debatiendo quién fue el principal responsable de lo ocurrido en 1914: Austria, Serbia, Alemania, Rusia, Francia, Gran Bretaña; monarcas, primeros ministros, embajadores, altos funcionarios, etc., etc. Todos ellos fueron responsables, en mayor o menor medida. Por lo que se refiere a 1939 no caben –no pueden haber– especulaciones de ese tipo. Un individuo, Hitler, desencadenó el conflicto. Las responsabilidades de otras personas y otros gobiernos en 1939 fueron, en el peor de los casos, las de omisión, no las de comisión.

Pero a Hitler no le agradó que, dos días después de que su ejército invadiese Polonia, los británicos (y los franceses) declarasen, aunque con cierto recelo, la guerra al Reich ale-

mán. Esperaba que en el último minuto retrocediesen –como habían retrocedido un año antes, en Múnich– especialmente en ese momento, cuando la Unión Soviética de Stalin se había puesto de su lado y había firmado un pacto con él. Sin embargo, al fin, Gran Bretaña y Francia declararon la guerra: pese a que, como se revelaría más tarde, no estuvieran nada decididas a comprometerse a fondo en el combate. Pero la razón principal por la que Hitler eligió invadir Polonia y arriesgarse a una guerra con Gran Bretaña y Francia en septiembre de 1939 no era la obsesión de un fanático. Pensaba que el tiempo jugaba en su contra y en contra de Alemania. Tenía que cumplir su misión –la dominación alemana sobre Europa oriental, y su consiguiente primacía sobre el resto del continente– antes de que las democracias occidentales tuvieran tiempo para rearmarse y reforzarse. Su amigo y aliado Mussolini le dio a entender que no era así: franceses y británicos no estaban preparados para una contienda de semejante envergadura. Pero, para Hitler, si la guerra era inevitable, mejor entonces que más tarde.* Y no estaba del todo equivocado: en 1940, Francia capituló, e Inglaterra continuaba en buena parte desarmada.

Jugaba otro elemento en su mente, por lo que a la guerra se refería. No era una cuestión de tiempo sino de ideas. Hitler creía haberse adueñado en buena parte de Alema-

* Había otro elemento, de índole personal. En cierto momento –sobre todo en 1938– se autoconvenció, probablemente de manera errónea, de que no le quedaban muchos años de vida. De ahí que tuviese que rematar su faena. Han quedado múltiples y dispersas pruebas de esta hipocondría pesimista, una de sus escasas debilidades.

nia (lo que en realidad no era del todo incierto) y que el pueblo alemán poseía en ese momento cualidades muy superiores a las de sus rivales. No eran cualidades de índole racial o física: eran mentales, no materiales; espirituales, no biológicas. Eran el resultado de su adopción y aceptación del nacionalsocialismo. Poco antes de mayo de 1940, Hitler dijo en una conversación con Goebbels que aquella guerra era una repetición, a mayor escala, de lo que había sucedido en Alemania antes de su llegada al poder. Durante las brutales escaramuzas callejeras, en los dos o tres años previos a 1933, un militante nacionalsocialista valía por dos o por tres de sus oponentes; digamos, por dos ingleses o tres franceses. No por la superioridad de su equipo y la mejor formación de los soldados alemanes, sino gracias a su determinación superior, su valor y el espíritu de sus soldados: porque la Wehrmacht, la Kriegsmarine, la Luftwaffe, más allá de sus diferencias y de los hombres que las dirigían, eran un nuevo modelo de ejército alemán. Hitler estaba convencido de que era inherentemente así. Pensaba que las relaciones y los conflictos entre estados, ejércitos y naciones guardaban semejanza con los conflictos entre individuos.* Hasta 1933, estaba seguro de que, casi inevitablemente, alcanzaría el poder en Alemania. Hasta 1940, creía que Alemania podría dominar a Europa. En mayo de 1940 tenía razones para contar con ello.

* ¿Estaba completamente equivocado? Proust, en un fragmento de 1915, dice: “La vida de los países meramente repite, a mayor escala, las vidas de las células que los componen: y quien es incapaz de entender el misterio, las reacciones, las leyes que determinan los movimientos del individuo, no puede confiar en decir nada valioso al tiempo que escucha la lucha de las naciones”.

No era el único que pensaba en estos términos. Los alemanes de Hitler, escribía el churchilliano Robert Boothby, pocos meses antes, “son la encarnación de un *movimiento* –joven, viril, dinámico y violento– que avanza irresistiblemente para imponerse sobre un mundo en descomposición, y esto debemos tenerlo permanentemente presente, pues en ello se cimienta más que en ninguna otra cosa el poder y la fortaleza nazi”. *Alemania atrasa el reloj (Germany Turns the Clock Back)*: así tituló un perspicaz periodista americano, Edgar Mowrer, un libro certero que llegaría a coronar las listas de éxitos. Pero la realidad era exactamente la opuesta. Hitler había adelantado el reloj. Alemania era moderna: su industria, su ejército, su fuerza aérea superaban netamente a las de sus contrincantes. El Tercer Reich era más moderno que Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Francia o Inglaterra: sus víctimas y adversarios. En términos similares, la ideología del nacionalsocialismo era más moderna que la del liberalismo, el parlamentarismo y el marxismo: y el nuevo Reich era más moderno que las descoyuntadas repúblicas y las añejas monarquías constitucionales del continente europeo. La Alemania nacionalsocialista era –y seguramente también lo parecía– la encarnación de una corriente, quizá *la* corriente, del futuro. Millones de europeos así lo creían; y en mayo y junio de 1940 muchos millones más terminarían creyéndolo también.

En parte era oportunismo, una reacción de perplejidad frente a los asombrosos triunfos del ejército alemán; pero también había algo más. Se necesitaría un volumen de mil páginas para recapitular todas las pruebas que lo dejan patente, incluidos los posicionamientos y declaraciones

de muchos pensadores, escritores y artistas, en muchos países de Europa. A lo largo de mayo, junio y julio de 1940 esas pruebas irían acumulándose. Después de todo, había tres grandes prototipos de modelos políticos y modelos de estado antes de 1940: la democracia parlamentaria encarnada por los países de habla inglesa y la mayoría de los países de Europa occidental; el comunismo, representado por la Unión Soviética; y las dictaduras nacionalistas cuya principal emanación era la Alemania nacionalsocialista. En 1940, como también durante algunos años antes, y a continuación algunos años después, la Alemania nacionalsocialista sería la más poderosa de las tres. Sabemos –y a menudo olvidamos– que sólo la alianza de Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña logró derrotarla y sojuzgarla, y que ni siquiera la alianza entre dos cualquiera de ellas hubiera bastado para ese propósito.

Pero el tema de este libro no es ése, sino una frase en particular pronunciada por un individuo concreto el 13 de mayo de 1940, un hombre que –extrañamente, quizá singular y providencialmente– logró entender a Hitler.*

*

* Es digno de atención el hecho de que Churchill y Hitler nunca se habían conocido personalmente. En 1932, Hitler, deseoso por entonces de encontrarse con británicos de todo tipo, extrañamente rehusó reunirse con Churchill. En 1937, fue Churchill el que consideró más recomendable no visitar Alemania ni encontrarse con Hitler.

El 13 de mayo de 1940 fue lunes de Pentecostés, día festivo en la mayor parte de Europa antes de la guerra. Lo que sabemos es que ese día Hitler se encontraba confiado, pero también nervioso. Tres días antes, al amanecer el 10 de mayo, viernes, había desencadenado la gran ofensiva de sus ejércitos en el frente occidental contra Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia. El día 13 se encontraba en sus cuarteles de retaguardia: encasquetándose las gafas que recientemente le habían prescrito, examinando hora tras hora los mapas, satisfecho del ritmo al que progresaban las operaciones, pero no completamente seguro de lo que estaba por llegar, ni del tiempo que tardaría en manifestarse. Hitler, cuya estrategia era el reverso exacto de la de Clausewitz –para Hitler la política era una continuación de la guerra por otros medios– no prestaba demasiada atención a la política ese día, ni siquiera a la inteligencia política procedente del campo enemigo. Tres días antes, a última hora de la noche de su día más largo, el viernes, 10 de mayo, se había difundido la noticia de que Winston Churchill se había convertido en Primer Ministro de Gran Bretaña. Esa noche, Hitler no le prestó la más mínima atención a esa noticia.*

*

* Goebbels escribía en su diario a última hora del 10 de mayo: “Churchill es ahora Primer Ministro. ¡El campo está despejado! Eso es lo que queríamos”. Fijémonos ahora en lo que escribía Goebbels sobre Churchill en ese mismo diario, el 18 de junio de 1941 (tres días antes de que los alemanes invadieran Rusia): “De no ser por él, esta guerra hubiera terminado hace mucho tiempo.”

Churchill poseía –para ser inglés– un conocimiento enciclopédico y una comprensión excepcional de la historia y la personalidad de Europa y de muchos de los países que integran el continente. Era francófilo reconocido y confeso, y no sólo por motivos políticos: se trataba de una inclinación que ya se había hecho patente mucho antes de la Entente y la alianza franco-británica anterior y vigente durante la Primera Guerra Mundial. Más relevante aún, para los fines que nos ocupan, es su visión de Alemania y de los alemanes. Ya en 1909, durante una visita a Alemania, le impresionó, y hasta cierto punto le repelió, la rigidez militar prusiana. Su reacción no tuvo nada de excepcional. La prusofobia y la germanofobia cundieron entre ingleses y norteamericanos durante toda la Primera Guerra Mundial, a veces hasta extremos excesivos. En muchas ocasiones, se apelaba a elementos prusianos para categorizar a Alemania en general.

Más inusual y duradero fue el respeto de Churchill –respeto más que admiración, pero auténtico respeto en cualquier caso– por lo que Alemania y los alemanes habían conseguido durante la Primera Guerra Mundial. Churchill pensaba, y temía, que la derrota de 1918 no hubiera bastado para escarmentarlos. Es revelador que en la década de 1920, al concluir su ingente *La crisis mundial, 1911-1918* su historia de la Primera Guerra Mundial, escribiese:

Los alemanes se han hecho acreedores a una explicación más convincente que los vacuos estereotipos con los que la propaganda enemiga los ha bombardeado inmisericordemente [...]

Durante cuatro años, Alemania combatió y desafió a los cinco continentes por tierra, mar y aire. Los ejércitos alemanes sostuvieron a sus vacilantes confederados, intervinieron con éxito en todos los teatros de operaciones, defendieron sus posiciones en todo terreno que hubieran conquistado e infligieron a sus enemigos el doble de bajas que las sufridas por ellos mismos. Para contrarrestarlos y frenar su furia y su valor fue necesario que las principales potencias mundiales se aliaran en su contra. Poblaciones abrumadoras, recursos ilimitados, sacrificios sin mesura, el bloqueo marítimo... ninguna de esas estrategias sirvió para nada durante cincuenta meses. Estados pequeños sucumbieron en la lucha; un imperio poderoso se disgregó en fragmentos irreconocibles, y casi veinte millones de personas tuvieron que perecer o verter su sangre antes de que esa mano poderosa renunciara a seguir empuñando la espada. Los alemanes, sí, un buen tema de reflexión para la historia.

[Y]... ¿es éste el final? ¿Va a quedarse en un mero capítulo de una historia cruel e insensata? ¿Habrá de inmolarse una nueva generación para cuadrar el negro balance entre teutones y galos? ¿Volverán a desangrarse y ahogarse nuestros hijos sobre territorios devastados? ¿O brotará de las llamas mismas del conflicto esa reconciliación de los tres grandes combatientes, capaz de unir su genio y de asegurar para cada uno, en libertad y con seguridad, una parte en la reconstrucción de la gloria de Europa?

En octubre de 1930 tuvo lugar un pequeño episodio en la vida de Churchill que ni él mismo registró y que quizá hasta olvidara.* Churchill y su esposa habían acudido a una cena en la embajada alemana en Londres. Churchill no dejaba de asediar a sus anfitriones con preguntas sobre Hitler. Uno de ellos, un funcionario de la embajada, descendiente de Bismarck, reparó en que había algo extraño en todo ello e informó sobre este comportamiento en un parte de rutina transmitido a Berlín. “Hitler ha declarado que por supuesto no tiene intención de iniciar una guerra mundial, pero Churchill cree que Hitler y sus seguidores sacarán partido de la primera oportunidad que se les presente para volver a empuñar las armas...”. Un mes antes de esa cena, Hitler y su Partido Nacionalsocialista habían cosechado un resultado impresionante en los comicios alemanes. Pero nadie en ese momento pensaba que un hombre como Hitler pudiera llegar a canciller ni a primer ministro democráticamente elegido de Alemania.

Hitler sí. Fue investido canciller en enero de 1933: justo cuando la trayectoria de Churchill, su influencia y su peso político, pasaban por sus momentos más bajos. En el transcurso de la década de 1930, la carrera política de Churchill transcurrió de debacle en debacle, mientras que la de Hitler sumaba un éxito tras otro. No dejaba de existir cierto nexo entre ambos factores. La reputación de Churchill en los años 30 se resintió, entre otras cosas, por su mucha insistencia en el peligro que suponía Alemania.

* Podemos encontrarlo entre las montañas de documentos diplomáticos alemanes de entreguerras, e impreso incluso entre los miles de documentos seleccionados para su inclusión en uno de sus volúmenes.

Churchill era el único que en la Cámara de los Comunes había alertado un año sí y otro también, un mes sí y otro también, sobre lo que para él suponía la más siniestra de las amenazas: Alemania estaba rearmándose e Inglaterra no; Alemania estaba preparándose para la guerra, Inglaterra no. Lo hacía en soledad porque muy pocos le escuchaban, y fueron en verdad *muy pocos*, durante muchos años. Los laboristas abrazaban aún el pacifismo, el desarme; muchos de sus miembros tomaron a Churchill, durante muchos años, por un imperialista, su inveterado adversario. Peor aún: salvo un grupo minoritario, la mayoría amigos de confianza, los principales enemigos de Churchill eran los conservadores: el partido mayoritario, su partido.

Había muchas razones para que los conservadores desconfiasen de Churchill, ese renegado, durante los años 30; y por primera vez, Alemania fue una de ellas. Lenta, gradualmente, el odio de los británicos hacia Alemania, heredado de la Primera Guerra Mundial, iba diluyéndose, coincidiendo precisamente con la llegada al poder de Hitler en Berlín. Entre las clases medias y superiores de Inglaterra cundía una vaga sensación de que los términos impuestos a Alemania en el Tratado de Versalles constituían una afrenta excesiva. Más generalizada y poderosa era la sensación de que no podía llegarse, jamás, a una guerra; de que Gran Bretaña y el Imperio debían evitar involucrarse en otro conflicto armado en Europa. Y sin embargo, existía un elemento nuevo: el miedo al comunismo, el desdén o una especie de desafección por la Rusia soviética. Ese estado, y no Alemania, era el auténtico ene-

migo de la civilización. El nacionalsocialismo de Hitler (como el fascismo de Mussolini) no estaba hecho para Inglaterra, pero mucho menos conveniente aún, o mucho menos inocuo, era lo que representaban el comunismo y la Rusia Soviética. En consecuencia, y si fuera necesario, a Alemania había que concederle, al menos, el beneficio de la duda.

Tal era la esencia del vocablo –que todavía se debate hoy día– “apaciguamiento”: una palabra que hasta 1939 estaba completamente exenta de sus actuales connotaciones negativas. Si, para evitar problemas, y, Dios no lo quiera, otra guerra, Alemania había de ser apaciguada, que lo fuese: valía la pena intentarlo, más de una vez incluso, llegado el caso. Tal era, a grandes rasgos, la convicción (y la ideología) de la gran mayoría de los conservadores y especialmente de sus representantes parlamentarios; éste era el tipo de individuos que los británicos habían elegido por amplia mayoría en 1935. Despreciaban a Churchill, hacían caso omiso de sus exabruptos y advertencias: se había equivocado tantas veces en el pasado que sin duda se equivocaba también en el presente. Las brutalidades del régimen de Hitler, especialmente el trato que dispensaba a los judíos, no eran algo que les quitase el sueño: incidentes lamentables, en el peor de los casos.

En 1937 se había ahondado el abismo entre las filas conservadoras y Churchill. Más aún que su pomposo y provincianamente británico antecesor, Stanley Baldwin, el nuevo Primer Ministro, Neville Chamberlain, se limitaba a compartir estos latentes (y en ocasiones francos) prejuicios a favor de Alemania y a lo que consideraba una nece-

sidad de su gobierno: apaciguar a Hitler cuando fuese necesario, y en el terreno necesario. Así 1938, el año en el que Hitler inicia su incursión a través de Europa Central, el año que terminaría por revelarse el más triunfal de toda su carrera, fue también el peor de la singladura de Churchill, peor aún que 1915, el año en que su influencia y su reputación se resquebrajan, tras el fracaso en los Dardanelos.* Tras el pacto de Múnich, a finales de septiembre de 1938, cuando Chamberlain se postró de hinojos ante Hitler, Churchill pronunció un sonoro, impresionante y en muchos aspectos profético discurso ante el Parlamento; fue repudiado casi hasta por los hombres y las mujeres de Epping, su propia circunscripción electoral.**

Cinco meses más tarde cambiarían las tornas. Hitler incumplió lo pactado en Múnich, y Chamberlain se vio obligado a trazar planes para contenerle; cinco meses más tarde estalló la guerra, y Churchill accedió al gobierno del Reino Unido; y otros ocho meses más tarde se convertía en

* Una de las razones de su impopularidad fue su impetuosa (y totalmente innecesaria, si se analiza retrospectivamente) defensa de Eduardo VIII y de su amante norteamericana, Wallis Simpson, durante la crisis monárquica y constitucional de diciembre de 1936.

** Churchill incurría en dos errores a propósito de Múnich. Pensaba y decía que Gran Bretaña y Francia deberían haber entrado en guerra con Alemania por Checoslovaquia; pero ni Gran Bretaña ni Francia estaban preparadas en 1938, y lo estaban mucho más (como sus ciudadanos) en 1939. (Hitler lo sabía: más tarde declaró que lamentaba el “arreglo” de Múnich, que hubiese preferido arriesgarse a una guerra en 1938). La otra cuestión era la convicción de Churchill (repetida por activa y por pasiva en sus memorias de guerra, diez años después, acabada la contienda) de que la Rusia soviética estaba dispuesta a unirse a la guerra contra Alemania en 1938 (cuando Moscú tenía firmada una alianza con Francia y Checoslovaquia) pero no en 1939. No era así. Stalin estaba ya preparado para soltarse del anzuelo en 1938.

Primer Ministro y líder de Gran Bretaña. Pero el título de uno de los mejores de los cientos de libros que se han escrito sobre Churchill: *Churchill: A Study in Failure [Churchill: un estudio sobre el fracaso]*, por el excelente Robert Rhodes James, es exacto. La carrera de Churchill estuvo salpicada de múltiples fracasos: hasta septiembre de 1939, y en cierto sentido hasta mucho después. Y, cuando se convirtió en Primer Ministro, ¿habían mejorado las perspectivas para él o para Gran Bretaña? Ni lo más mínimo.

*

Mucho de lo ocurrido en mayo de 1940 está entreverado con la relación entre Chamberlain y Churchill.

Las diferencias entre ambos en torno a Hitler habían culminado en antagonismo. Pero, en marzo de 1939, Chamberlain se había visto obligado, por lo menos hasta cierto punto, a repasar nociones. Hitler había violado la palabra que le había dado en Múnich; el 15 de marzo, el ejército alemán entraba en Praga y anexionaba al Tercer Reich lo que aún quedaba de Checoslovaquia. La consecuencia fue una conmoción entre la opinión pública británica: hasta aquí hemos llegado, pensaban y decían muchos, pero ni un paso más. Chamberlain, no sin ciertas reservas, cedió. Tanto él como su Gobierno creían –razonablemente– que el único modo de frenar a Hitler era advertirle de que Gran Bretaña se opondría, militarmente si fuera el caso. (Perseguían evitar el fatal malentendido alemán de un cuarto de

siglo atrás, en 1914, cuando el régimen alemán dudaba sobre si Inglaterra entraría en guerra para defender a Francia y a Bélgica). De este modo, el Gobierno británico extendió garantías a Polonia, que era evidentemente el siguiente objetivo de una agresión alemana.

Chamberlain seguía tentado a no aceptar lo inevitable del conflicto. Pero hacia finales de agosto ya no le quedaba apenas elección. Dos días antes, los ejércitos alemanes irrumpieron en Polonia; el gobierno británico —un poco a su pesar— declaró la guerra a Alemania.

En ese momento, Churchill formaba parte del Gabinete de Chamberlain. Su reputación había repuntado en los meses anteriores; se comentaba que, al fin y al cabo, no se había equivocado a propósito de Hitler. El 1 de septiembre de 1939, Chamberlain le ofreció el puesto de primer Lord del Almirantazgo, jefe de la Marina Británica, el mismo que Churchill había desempeñado veinticinco años atrás. Siguieron las vacilantes escaramuzas de lo que se conoce como la farsa de guerra, la franco-británica *phony war*. Una guerra que en el mar nada tuvo de farsa: los océanos del mundo y los mares que circundan Inglaterra y Escocia fueron escenario de varias victorias navales para Inglaterra (pero también de algunas derrotas).

A continuación, la guerra tomó un sesgo dramático en los países nórdicos. El 9 de abril de 1940, el ejército y la marina de Hitler invadían Dinamarca y Noruega. La respuesta británica fue ineficaz, vacilante y extemporánea, incluso por parte de la marina. Churchill tuvo en buena parte la culpa de que así fuese. Pero, mientras la popularidad de Chamberlain se desplomaba a ras de suelo, la de Chur-

chill iba ganando nuevas cotas: hasta que, el 10 de mayo, Chamberlain cedió el mando y Churchill se aprestó a tomar las riendas del país.

Ironías de la historia (o flujos y reflujos en el océano de la opinión nacional). El relato de cómo se llegó a esta situación en los diez primeros días de mayo de 1940 se ha repetido con frecuencia. Fue, a su manera, un episodio brillante en la historia de la democracia parlamentaria: la capacidad de los representantes elegidos por un pueblo para cambiar a sus gobernantes en un momento clave. Pero la transición no fue fácil; y el estado de ánimo y los posicionamientos de quienes dejaron de secundar a Chamberlain no resultaron fáciles en absoluto. A comienzos de mayo, los británicos sabían que sus fuerzas armadas habían fracasado en Noruega y en las regiones limítrofes. Les impacientaba, en suma, la dirección que iba tomando el conflicto. Chamberlain era un buen hombre, pensaban, pero no alguien capaz de dirigir al país en un conflicto bélico; carecía de agallas. Churchill, por el contrario, era un guerrero. Lo que terminaría por conocerse como el “debate noruego” se inició en la Cámara de los Comunes el 7 de mayo y se prolongó por espacio de dos días. Hubo un pequeño grupo de partidarios de Churchill que declaró abiertamente y sin recato que Chamberlain debía dimitir. Contaban con el apoyo de la minoría, los laboristas y liberales. Lo más importante, lo decisivo de hecho, fue que algunos de los conservadores adeptos a Chamberlain también empezaron a dejarlo de lado. Cuando llegó el momento de la cita electoral, el 8 de mayo, el gobierno perdió la mayoría por cien votos de diferencia.

La obstinación de Chamberlain se tambaleó entonces. Lo mejor que podía hacer, admitió, era presentar su dimisión. El 9 de mayo, Chamberlain instó a Churchill a comparecer en su despacho. Convinieron en la necesidad de formar un gobierno nacional en el que tuviesen cabida los laboristas. Churchill comprendió que había llegado su hora. Pero no todo estaba aún decidido. El secretario de Asuntos Exteriores, Halifax, cuyo temperamento y visión del mundo diferían por completo de los de Churchill, era otro posible sucesor. Halifax no confiaba demasiado en Churchill, pero tampoco albergaba grandes deseos de ser Primer Ministro. Pensaba que su condición de par le impedía ejercer la influencia suficiente en la Cámara de los Comunes como para sostener una guerra. Era una deficiencia constitucional que podía subsanarse. Más decisivo era el secreto convencimiento de Halifax (compartido por muchos conservadores) de que, dado el estado de la opinión pública en esa fase de las hostilidades, Churchill era el más adecuado para el puesto... aunque no durase demasiado en él.

En la mañana del día 10, viernes, llegó la noticia que desencadenó el terremoto: Hitler había lanzado su ofensiva contra Occidente. Había comenzado la invasión alemana de Holanda, Bélgica y Luxemburgo y, a continuación, de Francia. Chamberlain y Churchill tuvieron noticia de lo ocurrido al amanecer. Churchill se levantó a las siete, temprano para lo que acostumbraba. Dio cuenta de un sustancioso desayuno y abandonó el Almirantazgo para reunirse a primera hora con el Gabinete de Guerra. Allí se encontró con un Chamberlain que quizá estuviera recon-

siderando sus ideas: dijo que tal vez lo mejor sería que siguiese en su puesto hasta que la gran batalla en Bélgica quedara decidida. Pero ya no contaba con el apoyo de muchos de sus partidarios. Todos convinieron en la necesidad de formar un gobierno nacional.

Churchill, en contra de su costumbre, no se prodigó en palabras. Sólo a las cinco de la tarde los políticos laboristas, que celebraban su convención anual en Bournemouth, telefonearon para comunicar que no se unirían a un gobierno dirigido por Chamberlain pero sí a uno encabezado por Churchill. Poco antes de las seis, Chamberlain salió hacia Buckingham Palace para hacer entrega de sus distintivos al rey. Jorge VI no se alegró. Le caía bien Chamberlain, y Halifax aún mejor. Había depositado sus esperanzas en este último, pero las cosas iban a discurrir por otro cauce.

Media hora más tarde, el chófer de Churchill lo llevó a palacio, donde se desarrolló una conversación muy británica. El rey, para facilitar las cosas, preguntó con un vago toque humorístico: “Supongo que no sabe por qué le he mandado llamar, ¿verdad?”. Churchill replicó: “Majestad, no puedo ni imaginármelo”. El rey apostilló: “Quiero que forme gobierno”.

*

Sería alrededor de las siete, con Londres plácidamente envuelto en el crepúsculo azul de lo que había sido un hermoso día. Los periódicos no se hacían eco aún de nada

relacionado con un nuevo Gobierno. De regreso en el Almirantazgo, Churchill se puso inmediatamente manos a la obra, escribiendo y dictando cartas hasta bien entrada la madrugada. Una de sus primeras misivas se la dirigió a Chamberlain, diciéndole entre otras cosas que ni él ni su familia tenían necesidad de mudarse inmediatamente de Downing Street; él, Churchill, podía permanecer en el Almirantazgo al menos durante otro mes.

Este gesto hizo mella en Chamberlain. A él y a su esposa les gustaba vivir en Downing Street (en 1937, Mrs. Chamberlain había procedido a redecorar sustancialmente los interiores del 10 de Downing Street), y respondieron con gratitud al amistoso gesto de Churchill. Pero era algo más que un gesto: era representativo de Churchill, cuya primera virtud era la magnanimidad, un rasgo de carácter más amplio y más profundo que la generosidad. Churchill daría pruebas de su magnanimidad a lo largo de toda su larga vida. Una de las consecuencias de ese carácter magnánimo era su tendencia a perdonar y a pasar por alto los incidentes desagradables. Por mentalidad y temperamento, la fibra de Chamberlain era menos generosa que la de Churchill, pero la magnanimidad de este último le sorprendió profundamente; era la plasmación de algo a lo que estaba entera y temperamentalmente desacostumbrado. Ocho meses antes, Chamberlain se había visto obligado –contra su voluntad– a incluir a Churchill en su gobierno. A fin de cuentas, habían sido rivales en la escena pública, enemigos incluso, durante dos si no más años; Chamberlain conocía algunas de las aceradas observaciones que Churchill había formulado sobre él; por su parte, Chamberlain lo

había intentado todo para frenar y contrarrestar a Churchill, hasta interviniendo su teléfono en ocasiones. Sin embargo, desde el momento en que Churchill se incorporó a su Gabinete, su lealtad fue inquebrantable: fue absoluta. Ni en público ni en privado dejó traslucir Churchill una sola observación durante los meses más turbios y desesperanzados de la *phony war*. Más importante aún, y más fresco en su memoria, era que durante los tres días de los debates en la Cámara de los Comunes, Churchill había dado la cara asumiendo plena responsabilidad por los errores y torpezas cometidas en Noruega; en sus palabras no había ni sombra de crítica hacia Chamberlain. Había algo más que un simple cálculo político en el comportamiento de Churchill, y Chamberlain lo intuía.

Todo ello tuvo consecuencias dilatadas y beneficiosas una vez que Churchill se hubo convertido en Primer Ministro. La actitud de Chamberlain hacia Churchill se tiñó de agradecimiento y aprecio, porque Churchill siguió tratándolo con una deferencia muy superior a la que hubiese cabido esperar. El resultado fue que, a finales de mayo, enfrentado a la mayor de las catástrofes posibles –con el ejército británico rodeado ante Dunkerque– Halifax se opuso a Churchill, afirmando en el Gabinete de Guerra (y no sin razón) que el gobierno debería intentar al menos sondear las posibles propuestas de Hitler, y Chamberlain no se alió por completo con Halifax. De haberlo hecho, la posición de Churchill hubiese podido resultar insostenible. En cuanto se hubiera tenido noticia de ese apoyo de Chamberlain a Halifax, se hubieran iniciado movimientos dentro del Partido Conservador para desembarazarse de Churchill. Pero no

ocurrió tal cosa. Lo que ocurrió fue un ejemplo de algo que se manifiesta (lástima) muy raramente en el trato entre seres humanos: la magnanimidad dio como fruto unos resultados providenciales.

*

El diez de mayo resultó un día de coincidencias providenciales: el decisivo impulso hacia adelante de Hitler por la mañana; la decisiva nominación de Churchill como Primer Ministro al atardecer. Churchill no era un hombre de convicciones religiosas. Pero creía que cuanto le había ocurrido ese día le había sido deparado por la Providencia, de la que no se consideraba sino un mero instrumento. Evocó y escribió sobre esa jornada, muchos años después, en sus memorias de guerra, en *Historia de la Segunda Guerra Mundial*:

Cuando me acosté hacia las tres de la madrugada, fui consciente de una profunda sensación de alivio. Al fin me encontraba con autoridad para manejar la escena. Sentí que el Destino marcaba mi camino, y que toda mi vida anterior no había sido sino una preparación para esta hora y para este proceso.

No tenemos por qué dudar de sus palabras. Pero existe una dualidad en todo ser humano. Reparemos en las dos últimas: “para este proceso”. Porque en una prueba habría

de convertirse la guerra: y una prueba resultaba ya, algo que quizá él sabía mejor que nadie. Sabía contra qué formidable y potente enemigo había de enfrentarse su país. El día podía haber sido soleado, pero el futuro era tétrico. Hay una prueba, reveladora, de que Churchill ya lo sabía: a última hora de esa tarde, al dejar al rey y mientras lo llevaban de regreso al Almirantazgo, iba cabizbajo. A su lado, detrás del conductor, se encontraba el Inspector W. H. Thompson, su viejo guardaespaldas personal. En el último momento, antes de estacionar frente al edificio del Almirantazgo, Churchill tomó la palabra. Le dijo a Thompson que sin duda no ignoraba que había sido convocado por el rey. Thompson respondió que sí; felicitó a Churchill y añadió: “Ojalá hubiese obtenido el cargo en mejores circunstancias, pues tiene por delante una tarea terrible”.

De pronto brotaron lágrimas en los ojos de Churchill. “¡Sólo Dios sabe hasta qué punto es grande la tarea!”, respondió a Thompson. “Confío en que no sea demasiado tarde. Temo mucho que ya lo es”. Y añadió: “Sólo nos queda dar lo mejor de nosotros mismos.”

Tras el jinete cabalgaba la negra Inquietud.

Churchill se mordió el labio, y se incorporó para abandonar el vehículo.